

sus labores. Hay que imaginarse hoy el efecto de aquel friso de medallones con cabezas de alto relieve, casi destacadas, que ahora se tomarían por calaveras, y de aquel frontón con el busto del Papa León de Médicis, protector de D. Gil, y de aquella serie de flameros, que hacen de cristería; tan airosos... Yo los he alcanzado completos; actualmente sus faltas causan la desilusión que una mella en una juvenil dentadura. Si hubiera dentistas para ésto...

El ilustre Arcediano falleció, viejo, a mediados del siglo, siendo enterrado en su capilla, tras de fundar un pingüe mayorazgo. Sin embargo, cuarenta años después, aún no estaba la capilla acabada del todo; le faltaban detalles tan esenciales para su simbolismo, como las estatuas marmóreas del Bautista, el Profeta Jonás, y las doce Sibilas que anunciaron inconscientemente la venida del Salvador. Fué compelido entonces a concluirla un resobrino y heredero de D. Gil, tronco de los futuros Marqueses de Beniel. Lo sabemos por la visita pastoral de D. Sancho Dávila (1592), y que dichas estatuas las hizo *Pedro Monte*. El cual, Maestro mayor de la Catedral, a la sazón, debió dirigir el ensanche del Trascoro, que se ejecutó por este tiempo, y también la Capilla de Ntra. Sra. del Socorro (la del Baptisterio) de aire un poco italiano, para que armonizase con el bellissimo grupo escultórico, en mármol, de la Virgen y el Niño arponeando al Dragón infernal; obra, sospecho, del «Primo estatuario» Miguel Angel Nocherino, que dejó algunas excelentes en la Península durante el reinado de Felipe II. Así mismo, del Maestro Pedro Monte debieron ser la traza general y el primer cuerpo, por lo menos, de la antigua imafrente, que sin terminar, hubo de derribarse en el siglo XVIII.

La vistosa capilla del Trascoro es de principios del XVII, de la época del noble Obispo Trejo, a quien igualmente se deben las dos puertas laterales, del gus-

